



Richard
Overy

¿POR QUÉ LA GUERRA?

TUSQUETS
EDITORES

Richard Overy
¿POR QUÉ LA GUERRA?

Traducción de Francisco García Lorenzana

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Why War?*

1.ª edición: octubre de 2025

© Richard Overly, 2024

Primera edición como *Why War?* en 2024 en ALLEN LANE, un sello de PENGUIN PRESS. PENGUIN PRESS forma parte del grupo de empresas Penguin Random House

Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de ninguna manera con el propósito de entrenar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. Derechos reservados en la minería de textos y datos (Artículo 4(3) Directiva (EU) 2019/790

© de la traducción: Francisco García Lorenzana, 2025

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-674-6

Depósito legal: B. 14.661-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

Prefacio.	9
Prólogo: ¿Por qué la guerra?	13
Primera parte	
1. Biología	25
2. Psicología	55
3. Antropología.	89
4. Ecología	127
Segunda parte	
5. Recursos.	163
6. Creencias	205
7. Poder	243
8. Seguridad.	279
Conclusiones	317
Apéndices	
Notas	327
Bibliografía	365

1 Biología

La naturaleza preserva la salud de su jardín humano mediante la poda..., la guerra son sus tijeras de podar.

Sir ARTHUR KEITH, 1931¹

La biología no condena a la humanidad a la guerra [...]. Es científicamente incorrecto decir que la guerra o cualquier otra forma de comportamiento violento está genéticamente programada en la naturaleza humana.

Manifiesto de Sevilla
sobre la Violencia, 1986²

Desde que en el siglo XIX el padre de la teoría de la evolución, el británico Charles Darwin, sostuviera la idea de que todas las especies están inmersas en una «lucha por la supervivencia», la relación entre biología y guerra ha sido uno de los temas más polémicos en los intentos por explicar por qué se pelean los humanos. El anatomista neodarwinista Arthur Keith, que escribía a mediados del siglo pasado, sostuvo la idea de que la guerra era biológicamente útil para que las comunidades humanas eliminaran a los débiles y fortalecieran a los fuertes. Asumió que eso era una ley de la naturaleza. En una reunión en 1986 en la ciudad española de Sevilla, un grupo internacional de veinte científicos prominentes procedentes de todo un abanico de disciplinas humanas intentó dar la vuelta por completo al esfuerzo científico de explicar la guerra como algo dictado por la biología, que consideraban una distorsión perniciosa. En noviembre de 1989, la Unesco adoptó la declaración

de Sevilla para otorgarle un carácter formal; se difundió y republicó ampliamente en 2002. La iniciativa no acabó con el debate. Aunque en la actualidad ningún científico respalda la cruda metáfora de Keith, la biología sigue siendo, de una u otra manera, un punto de referencia central en el debate sobre la guerra.

La biología, o en un sentido más estricto la biología evolutiva, presenta su candidatura muy firme de ser la primera ciencia que se ocupa de la cuestión de por qué los humanos hacen la guerra, pero esto está muy alejado de las intenciones de Darwin. Su afirmación de que todas las especies están inmersas en una lucha por la supervivencia formaba parte de la historia natural, diseñada para explicar cómo las plantas y los animales se adaptan en términos evolutivos ante las presiones del entorno o la competencia dentro o entre especies.³ En este sentido, la «lucha» era una metáfora, no un sinónimo de guerra. Se refirió más directamente a la posibilidad del conflicto humano ancestral en *El origen del hombre*, publicado en 1871, pero también en este caso se trata de un elemento periférico a su ambición más significativa de explicar cómo evolucionan los humanos, en especial a través de la selección sexual. En esa época, Darwin estaba familiarizado con la idea de que la «supervivencia del más apto», planteada por primera vez por el científico social Herbert Spencer en 1851, y las pocas referencias de Darwin en *El origen del hombre* sobre cómo algunas tribus ancestrales sobrevivieron mientras que otras se extinguieron, sugieren que la aptitud era una explicación, aunque desde luego no la única. «La extinción», explicaba, «deriva principalmente de la competencia de tribu contra tribu [...] cuando de dos tribus vecinas una se vuelve menos numerosa y poderosa que la otra, la competición se resuelve pronto mediante la guerra, la matanza, el canibalismo, la esclavitud y la absorción.» Una disminución en el número y una caída de la fertilidad debilitaban las perspectivas biológicas de supervivencia, pero la desaparición

final de una tribu, según sus conclusiones, «se decidía rápidamente por las incursiones de tribus conquistadoras».⁴

Darwin dijo muy poco más para sugerir que la guerra tuviera un papel significativo en la evolución humana, pero la idea de que los más aptos sobreviven mientras que los menos aptos perecen se amplió y distorsionó, mucho más allá del argumento original de Darwin, por parte de numerosas generaciones de «darwinistas» que afirmaron que la guerra tuvo una utilidad evolutiva. Entre autores europeos y americanos, la supervivencia de los más aptos apoyó la afirmación de que la guerra y el imperialismo en la edad moderna eran un reflejo de la superioridad racial occidental en contraste con el salvajismo de los pueblos conquistados por los occidentales. La guerra era, como afirmaba Arthur Keith, un fenómeno de la naturaleza diseñado para asegurar que los biológicamente más aptos sobrevivieran y ampliaran su número. El concepto de la competición entre las razas como un hecho evolutivo se llevó a su extremo con gran entusiasmo en Alemania, donde el biólogo Alfred Ploetz definió la *Vitalrasse* («raza vital») como la que heredó una aptitud colectiva en fuerza, inteligencia y salud física. Los racialmente mal adaptados estaban destinados por la naturaleza a extinguirse y la guerra era uno de los instrumentos para asegurar que sobrevivieran las razas vitales.⁵ El general alemán Friedrich von Bernhardi resumió el argumento en su éxito de ventas *Alemania y la próxima guerra*,* publicado en inglés dos años antes de la crisis bélica de 1914, en el que afirmaba que la «guerra es una necesidad biológica de la máxima importancia, un elemento regulador en la vida de la humanidad». En la «economía universal de la naturaleza», el más fuerte prevalecía por derecho propio y el más débil se hundía.⁶ La idea de la *Vitalrasse* tuvo una gran influencia en el desarrollo de la política racial del Ter-

* Título original: *Deutschland und der Nächste Krieg*, publicado en 1911. (N. del T.)

cer Reich posterior, donde los supuestamente «mal adaptados» genéticamente fueron esterilizados o exterminados para evitar que la raza se degradase y se debilitara en lo que Hitler llamaba «este mundo de lucha eterna».⁷

La Primera Guerra Mundial ayudó a cimentar la idea de que «la lucha por la supervivencia» seguía siendo una realidad humana. La idea de que la humanidad conservaba un instinto belicoso, enraizado en la senda evolutiva del hombre, se reconciliaba fácilmente con la realidad del conflicto moderno. El cirujano Harry Campbell, autor de *The Biological Aspects of Warfare* en 1918 al final de la guerra, definió al hombre como el «archimatarife», que instintivamente se dejaba llevar por la violencia.⁸ Arthur Keith utilizó su estudio de los restos fósiles humanos anteriores a 1914 para respaldar su argumento de que los humanos habían evolucionado «a través de una serie de zigzags» en la que las especies más avanzadas exterminaban a las menos avanzadas con el objetivo de impulsar a la humanidad hacia delante por la senda evolutiva hasta llegar al conflicto del presente. La competencia y la enemistad eran complejos humanos que actuaban a lo largo del tiempo, desde el hombre ancestral hasta el día de hoy. En el prólogo de un libro sobre darwinismo de Alfred Machin, publicado en 1937, Keith alababa al autor por comprender que la «“selección natural” es tan potente en el mundo actual como lo fue cuando el hombre era un simple habitante de la jungla». La guerra moderna, sostenía Keith al final de la Segunda Guerra Mundial, «es solo la guerra feroz de la antigüedad tribal equipada por la ciencia y la civilización».⁹ Para Keith, la guerra era el instrumento lógico de la selección: «el plan de la naturaleza» era producir una forma superior de humanidad a través de una violencia necesaria.¹⁰ Aunque existía una fuerte hostilidad científica contra la idea de que la belicosidad era innata y que la guerra tenía un propósito evolutivo, la visión del hombre como el exponente supremo de la violencia —ascendiendo por el árbol evolutivo mediante

la caza, la lucha y el asesinato— seguía presente en las décadas de 1950 y 1960. La tesis del «mono asesino» fue popularizada por el escritor y evolucionista aficionado Robert Ardrey, mientras que el arqueólogo Raymond Dart creía que los antiguos fósiles de *Australopithecus* que había encontrado mostraban señales evidentes de violencia deliberada: una visión que se rechaza en la actualidad después de que investigaciones forenses posteriores confirmasen que los daños fueron *post mortem* y no la causa de la muerte.

La oposición a la idea de que la guerra estaba de alguna manera inscrita biológicamente en los seres humanos era muy anterior a la declaración de Sevilla. De hecho, los escritos del propio Darwin se centran no en el conflicto ancestral, sino en la sociabilidad y cooperación humanas como elementos esenciales en la evolución humana. Rechazaba la idea de que los seres humanos tuvieran un instinto belicoso y tenía la esperanza de que los humanos modernos hubieran dejado atrás la guerra. Se ha demostrado que de la lectura de Darwin es más fácil derivar una «biología de la paz» que una selección biológica por la guerra.¹¹ El desarrollo de la ciencia genética después de 1900 demostró las dificultades para sugerir una disposición hereditaria hacia el conflicto, mientras que el argumento de que la guerra era útil como medio para asegurar la supervivencia de los biológicamente más aptos quedó ridiculizada después de la Primera Guerra Mundial a causa de los efectos obviamente disgénicos de un conflicto que mató a millones de hombres jóvenes y aptos, dejando a los menos aptos en casa. La biología evolutiva académica después de la guerra se centró más en el mundo natural no humano y en la predicción de la variación de las especies. La guerra como un medio para la selección evolutiva de la población humana siguió siendo una cuestión de creencia más que de certidumbre científica.

El crudo darwinismo expresado por Keith y otros autores de que la guerra estaba causada por la competición evolutiva y por ello era un fenómeno natural y biológico, fue ampliamente rechazado después de la Segunda Guerra Mundial, junto con las explicaciones biológicas de la naturaleza humana. La Declaración sobre la naturaleza de la raza y los prejuicios raciales de la Unesco en 1951 rechazó la idea de que existiera ninguna diferencia innata entre grupos humanos que se pudiera explicar desde el punto de vista de la biología y estableció el campo de la ecología y la antropología cultural como las únicas vías legítimas para comprender el desarrollo humano.¹² No obstante, persistió un elemento del argumento: cómo comprender la agresividad colectiva. Las investigaciones sobre esta cuestión se remontan a antes de la guerra. Para demostrar cómo se debió de comportar el hombre primitivo, Keith fue uno de los pioneros en creer que comprender la agresividad colectiva entre los primates superiores ayudaría a comprender la agresividad en los humanos. Keith tomó pruebas detalladas sobre chimpancés y gorilas del zoólogo Neville Sharp, que se había dedicado a la observación científica de los monos superiores en África occidental. Sharp afirmaba que los chimpancés eran capaces de un comportamiento violento, incluso sádico, mientras que los gorilas eran excesivamente agresivos en defensa de su territorio contra los intrusos humanos. Las investigaciones sobre monos aulladores y gibones convencieron a Keith de que la territorialidad y la violencia de los primates eran la «fase incipiente de la verdadera guerra».¹³

Conclusiones similares derivaron del estudio a principios de la década de 1930 de los babuinos hamadryas en el zoo de Londres por parte del joven anatomista Solly Zuckerman. Durante sus observaciones, ocho machos y treinta hembras murieron en luchas entre los babuinos, todas las hembras como consecuencia de la competencia entre los machos. Dos psicólogos británicos, John Bowlby y Edward

Durbin, utilizaron la investigación de Zuckerman para afirmar que la analogía naturalista entre el comportamiento simiesco y el humano era lo suficientemente firme como para justificar la conclusión de que la guerra humana era un producto «de la parte más peligrosa de nuestra herencia animal». Los babuinos luchaban por las posesiones, la intrusión de un extraño y la frustración, igual que los humanos modernos. Las raíces filogenéticas —o comunes— de la violencia explicaban un modelo compartido entre primates y humanos que se podía presentar mediante lo que llamaron «agresión transformada» para explicar la guerra entre naciones modernas.¹⁴ En la época en la que escribieron, un zoólogo austriaco, Konrad Lorenz, a través de su estudio de las respuestas instintivas del ganso común, había empezado a desarrollar una rama nueva de la biología dedicada a comprender el comportamiento animal, que se acabó conociendo como etología. Aunque Lorenz no estaba demasiado interesado en explicar la guerra, su obra sobre animales derivó para explorar el instinto de agresión. Como Bowlby y Durbin, Lorenz no pudo resistirse a la idea de que la agresividad humana pudiera tener una raíz común con la violencia de las ratas y las palomas que estudiaba. En su popular estudio *Sobre la agresión*, publicado en 1963, afirmó que la guerra y otras actividades humanas «estúpidas e indeseables» no se podían explicar solo por la razón o la tradición cultural, sino también mediante el «comportamiento instintivo filogenéticamente adaptado» derivado del pasado evolutivo más profundo.¹⁵

La etología ofreció una perspectiva biológica potencialmente nueva para comprender la guerra humana, aunque la disciplina, al igual que la biología evolutiva, se preocupaba primariamente de comprender a los animales más que a los humanos. Si bien *Sobre la agresión* de Lorenz se considera a veces la piedra fundacional de la comprensión etiológica de la violencia humana, su análisis se dedicó casi por completo a explicar el comportamiento agresivo en los

animales y los mecanismos que por lo general inhiben su uso ilimitado contra miembros de la misma especie, o asesinato «conespecífico». Sus pocos comentarios sobre la guerra humana eran tan secundarios e insustanciales como los de Darwin. Asumió que para las comunidades humanas primitivas «las contrapresiones de las hordas hostiles vecinas se convirtieron en el principal factor selectivo que determinó el siguiente paso de la evolución humana». Los humanos, sugirió, se parecían a los chimpancés cuando se trataba de defender instintivamente el grupo familiar con una «obsesión irracional», una respuesta que debió de tener un «gran valor de supervivencia» para cualquier tribu de humanos desarrollados y seguía estando presente en el mundo moderno.¹⁶ Pero excepto lamentar la irracionalidad evidente de librar guerras, no pudo contribuir en nada más a comprender sus orígenes. Compartía el punto de vista de que la guerra era fundamentalmente disgénica y fue un firme defensor de las políticas eugenésicas de Hitler —eliminando los elementos «degenerados» de la población alemana—, de manera que se asegurase la supervivencia biológica de la raza, una perspectiva que siguió manteniendo mucho después de 1945.¹⁷

Si en la década de 1960 los etólogos se centraron principalmente en explicar el comportamiento animal, el hecho de que el comportamiento humano se podría explicar como similar al de los animales, en especial de los primates superiores, sostuvo la búsqueda de una relación entre la agresividad animal y la humana iniciada en la década de 1930. No obstante, la conexión entre el comportamiento animal en el mundo natural y el mundo de los humanos era difícil de demostrar de manera convincente. Dos pioneros de la etología, apropiadamente llamados Lionel Tiger y Robin Fox,* afirmaban que los rasgos primordiales seguían presentes en el cerebro de los seres humanos como

* Tiger significa «tigre» y Fox, «zorro». (*N. del T.*)

«códigos y mensajes» que eran difíciles de leer, pero que se seguía asumiendo que estaban presentes en el hombre moderno.¹⁸ En el mejor de los casos, se trataba de una inferencia muy aventurada. En la práctica, etólogos y zoólogos dedicaron casi todas sus investigaciones a comprender la relación entre el comportamiento animal y el nicho ecológico que ocupaba cada animal; la comprensión de las muchas manifestaciones diferentes de agresividad era solo una parte de la investigación, que cubría una amplia variedad de comportamientos que tenían poco que ver con la violencia.

El estudio científico sistemático de animales en libertad en lugar de bajo condiciones de laboratorio no se extendió hasta la década de 1950. Cuando se trataba de agresividad, ciertas especies aparecían citadas regularmente en la bibliografía etológica como proclives a la violencia contra los de su propia especie y por eso eran potencialmente análogas a las sociedades y a la «guerra» humanas. Entre ellas se encontraban las avispas de los higos, cuyos machos luchan hasta la muerte por el acceso a las hembras, y la hormiga mielera, que libra batallas campales y esclaviza a las derrotadas. El colega de Lorenz y pionero de la etología, Niko Tinbergen, destacaba como ejemplo el pez espinoso, cuyos machos luchan para expulsar a los rivales para conseguir a la hembra, una adaptación funcional diseñada para asegurar la supervivencia, como las adaptaciones que según creía habían desarrollado los seres humanos en el pasado evolutivo.¹⁹ Se podían encontrar estos y otros muchos ejemplos, pero más allá de demostrar que el mundo natural albergaba una mayor variedad de violencia intraespecífica de lo que se creía con anterioridad, cualquier comparación con el mundo humano parecía tenue en el mejor de los casos.

Para resultar más convincentes, algunos biólogos y zoólogos presentaron el ejemplo de animales sociales para demostrar cómo evolucionaban ciertos comportamientos

sociales, entre ellos las agresiones en grupo, el altruismo grupal o las prácticas de crianza en grupo. El estudio de la selección grupal por la transmisión de rasgos específicos que tuvieron éxito evolutivo se llegó a conocer como sociobiología, aunque estaba estrechamente relacionada con la etología, porque la mayor parte de los sociobiólogos trabajaban con organismos no humanos. El teórico principal fue el entomólogo de Harvard Edward Wilson, un experto en el estudio del comportamiento social de las hormigas y de otros insectos, pero también en este caso la tentación era contemplar el comportamiento social humano a través de las mismas lentes evolutivas. En 1975, Wilson publicó un libro muy controvertido titulado *Sociobiología. La nueva síntesis*, y lo cierto es que no había ningún acuerdo general sobre la nueva disciplina. Una vez más, casi todo el libro está dedicado a comprender la evolución del comportamiento social principalmente entre los insectos sociales. El autor incluyó un capítulo final sobre los humanos, pero su sugerencia de que los humanos también heredaron rasgos que fueron adaptativos para su supervivencia, incluida la agresividad, se encontró con una resistencia feroz por parte de los científicos sociales y los antropólogos, que afirmaron que se trataba de una forma de determinismo biológico. Argumentaban que la actividad social humana estaba dictada por la cultura y el entorno.²⁰ Tres años después, Wilson publicó un libro titulado *Sobre la naturaleza humana* en el que ampliaba el argumento sociobiológico sobre una serie de rasgos humanos, incluida la agresividad, que provocativamente decidió describir como innata, aunque su práctica estuviera condicionada por el entorno y por el aprendizaje social.²¹

El debate que provocó, que se puede definir en términos generales como el eterno debate entre «educación» y «naturaleza», tenía un fuerte componente político. Algunos biólogos, y muchos académicos que no eran biólogos, rechazaron lo que veían como un argumento a favor del

determinismo genético que podía justificar la discriminación racial y las políticas eugenésicas como las aplicadas por el Tercer Reich. Para movilizar la oposición a dicha idea, se formó el Sociobiology Study Group [Grupo de Estudios sobre Sociobiología] bajo el patrocinio del movimiento izquierdista Ciencia para el Pueblo. Wilson se convirtió durante un corto periodo de tiempo en una figura odiada por la opinión progresista americana. En una conferencia académica en 1978, fue atacado en el escenario por miembros del Comité contra el Racismo, que derramaron una jarra de agua fría sobre su cabeza.²² No obstante, Wilson ganó el Premio Pulitzer con *Sobre la naturaleza humana*, prueba de que la discusión, a pesar de todos los vituperios que se derramaron metafóricamente sobre su reputación, no eliminó el proyecto sociobiológico. De hecho, uno de los elementos centrales en los escritos del propio Darwin era comprender la evolución en términos sociobiológicos. La genética del comportamiento moderna ha exonerado en gran medida a Wilson al mostrar que algunos rasgos son altamente heredables, entre ellos la agresividad. La aportación más importante realizada por los sociobiólogos (que muy pronto se empezaron a designar como ecólogos del comportamiento para evitar que se siguiera con la animadversión hacia la nueva disciplina) fue centrarse en el comportamiento grupal de los individuos en lugar de en la agresividad personal.²³ La guerra, se definiera como se definiera, era obra de grupos coaligados, no de individuos que actuaban solos, tanto en los insectos como en los hombres. Se planteaba que, a lo largo de un gran periodo evolutivo, la guerra fue una manera que tuvieron los humanos para adaptar un comportamiento que maximizase su potencial de supervivencia.

A los sociobiólogos, como a los primeros etólogos, les resultaba difícil explicar la agresividad coaligada humana excepto como un elemento para la supervivencia de un pasado evolutivo que no se podía cambiar. A partir de la

década de 1970 se siguió un camino diferente. Como Keith en la década de 1930, los etólogos que quisieron explicar la agresividad en los humanos priorizaron el estudio de los primates, que como los primeros humanos vivían en grupos poco articulados y recolectaban para su existencia. Para cualquier comparación con el hombre, las especies obvias eran los primates superiores —gorilas, chimpancés, orangutanes y bonobos, o «chimpancés pigmeos» (no fueron identificados como una especie diferente hasta finales de la década de 1920)—, que comparten el mismo origen mamífero que los homínidos y alrededor del 98 por ciento del ADN humano. La creencia zoológica convencional sobre su comportamiento sugería que los primates mostraban poca agresividad y vivían en bandas poco articuladas y mal delimitadas, pero las primeras observaciones a largo plazo de chimpancés en las selvas de África central, desarrolladas desde la década de 1960 hasta la de 1990 por la etóloga británica Jane Goodall y un pequeño equipo de investigación, cambiaron radicalmente dicha creencia. Los chimpancés vivían en grupos definidos, aunque flexibles, y desplegaban una violencia extrema bajo ciertas condiciones. Sus conclusiones fueron inicialmente rechazadas por los científicos que no querían aceptar que los chimpancés compartían con los humanos una serie de emociones, gestos e identidades de género similares, llegando en un caso hasta el punto de insistir en que no utilizase «él» o «ella» cuando escribía sobre los miembros individuales de su comunidad de chimpancés.²⁴ Pero años de observación en el Parque Nacional de Gombe en Tanzania confirmaron que los chimpancés eran animales sociales que vivían en grupos familiares dominados por los machos más viejos. Tenían territorios definidos, que defendían contra los intrusos; en ocasiones, grupos de machos y de vez en cuando alguna hembra penetraban en el territorio rival con el objetivo de encontrar a un miembro aislado del grupo vecino para tenderle una emboscada y

dejarlo por muerto después de apalizarlo con palos y piedras y en un frenesí de mordiscos feroces. Cuando el grupo de Goodall se dividió, el grupo más débil fue asaltado por el grupo más fuerte hasta que lo eliminaron y los vencedores pudieron ocupar el territorio, hasta que el vencedor se convertía a su vez en la víctima de un vecino más fuerte: una versión de manual de la selección natural.²⁵

Goodall ha sido la fuente más importante en los esfuerzos para demostrar que el comportamiento de los chimpancés podría ser análogo a la manera en que debieron de actuar los primeros homínidos recolectores, aunque ella nunca afirmó que ese fuera su objetivo. Ha habido otras observaciones de comunidades de chimpancés en África occidental y oriental: en Budongo y Kibale en Uganda, Mahale en Tanzania y Taï en Costa de Marfil, donde la violencia surgió de manera más esporádica que en Gombe. En la selva de Kibale, a finales de la década de 1980, el zoólogo británico Richard Wrangham, que había trabajado en Gombe con Goodall, empezó a observar un grupo de chimpancés que sufrió una eliminación similar a manos de un vecino más fuerte, como se había observado en la comunidad en Gombe. El número de muertos fue de cinco, la mayoría sin la presencia de los observadores. El número total de chimpancés asesinados por miembros de su propia especie durante las primeras décadas de la investigación de campo no superó los diez, unos cimientos muy endeble para construir una teoría de la violencia entre los primates.²⁶ No obstante, Wrangham se ha convertido en el exponente principal del argumento de que existen similitudes entre la manera en que los chimpancés se comportan en la naturaleza y la forma en que los primeros humanos se debieron de comportar como cazadores-recolectores, incluidos actos ocasionales de violencia coaligada. Los chimpancés viven en grupos, aunque la población puede ser fluida en la medida en que las hembras adolescentes gravitan hacia otros grupos o grupos grandes se dividen en

otros más pequeños; muestran un sentido de socialización muy fuerte, evitando la violencia dentro del grupo; son territoriales, con límites que no están marcados por fronteras, sino que son respetados por los que se encuentran a ambos lados de la línea; cuando se enfrentan dos grupos de machos de fuerzas más o menos igualadas, desarrollan rituales ruidosos, gritando, gesticulando, golpeando árboles o con breves cargas y retiradas, pero sin ninguna batalla; las agresiones reales se realizan contra intrusos en el territorio propio o por parte de una partida de saqueo que penetra en el territorio vecino, pero solo cuando existe una ventaja numérica (por lo general, un grupo asaltante de cinco o seis contra uno); finalmente, la agresión letal la recibe totalmente la víctima, mientras que los atacantes no sufren heridas o son menores.²⁷

Todas estas son características que se pueden encontrar en las observaciones antropológicas de algunas comunidades cazadoras-recolectoras humanas modernas. Viven en territorios fluidos sin límites fijos, en pequeños grupos familiares cuya población también puede ser fluida, normalmente a través del intercambio de miembros. Los grupos muestran lazos de cooperación y sociabilidad que limitan el nivel de violencia. Cuando se produce la violencia entre grupos, puede consistir en enfrentamientos rituales con desplantes ruidosos y muy pocos daños reales, pero, al igual que ocurre con los chimpancés, las incursiones son la forma de ataque más común. Además, cualquier extraño que penetre en el territorio se encontrará con una resistencia colectiva. Las incursiones están a cargo de hombres juramentados y normalmente son asimétricas, contra una partida de caza vecina o un pequeño campamento de forrajeo, con poco riesgo para los agresores participantes. En esos casos, la violencia puede ser exterminadora y frenética.²⁸ Hay ejemplos citados con frecuencia como posibles comparaciones. La violencia entre los clanes de las islas Andamán es uno de los más frecuentes,

donde las comunidades vecinas se dedican a hacer incursiones o emboscadas por sorpresa, intentando matar sin sufrir daños propios y después retirándose a su territorio. En el extremo septentrional de América, hasta hace poco las tribus árticas se dedicaban regularmente a realizar incursiones exterminadoras contra aldeas cercanas, matando a hombres, mujeres y niños, una práctica que las pruebas arqueológicas demuestran que se remonta a muchos miles de años.²⁹ El estudio por parte del antropólogo Napoleon Chagnon de los yanomami del Alto Amazonas se ha presentado con frecuencia como un ejemplo precisamente porque las aldeas, que se articulan alrededor de grupos familiares y tienen tendencia a dividirse cuando su número se vuelve demasiado grande, luchan regularmente con sus vecinos, ya sea en enfrentamientos ritualizados utilizando hachas o garrotes entre dos luchadores, o en incursiones en las que un grupo pequeño de hombres, como los chimpancés, buscan a uno o dos enemigos para matarlos o a una mujer para secuestrarla antes de volver rápidamente a su base. Aunque son horticultores, no cazadores-recolectores, se afirma que a primera vista los yanomami muestran un comportamiento similar a las incursiones de los chimpancés.³⁰

El salto desde la observación natural del comportamiento de los chimpancés al comportamiento de los humanos tiene limitaciones obvias. Se conoce muy poco de los chimpancés del pasado o sobre la evolución de su comportamiento, así que se tiene que asumir que se comportan como lo hacen a causa de presiones adaptativas que solo se pueden suponer. También se conoce muy poco de la gran variedad de forrajeadores y cazadores-recolectores humanos de los últimos dos millones de años, pero está claro que eran diferentes de los forrajeadores y cazadores-recolectores de la actualidad. Para que la agresividad colectiva sea una función adaptativa tanto en chimpancés como en humanos, como la sociabilidad y la cooperación, debería exis-

tir algún tipo de raíz filogenética para dicho comportamiento que se remontase al «último ancestro común» de chimpancés y homínidos, que se fecha habitualmente hace unos 6 millones de años. Investigaciones recientes sobre las raíces filogenéticas de la violencia en los mamíferos entre miembros de la misma especie —o violencia conespecífica— se centraron en los registros de 1.024 especies de mamíferos. Se descubrió que la violencia letal prevalecía más en animales sociales y territoriales, y llegaba a su cima entre los primates, lo que sugiere que los humanos también han heredado una propensión a la violencia debido a su posición en el árbol filogenético. El nivel de violencia letal aumentó con la aparición de comunidades estables, tribus, jefaturas y estados, lo que demuestra cómo la herencia filogenética se puede modificar por los cambios en la organización social y política. Pero se afirma que la violencia es habitual en los primeros ancestros del hombre a un nivel consistente con el comportamiento del clado mamífero al que pertenecen los humanos; es decir, seis veces mayor que en otros grupos de mamíferos.³¹ Incluso se ha llegado a sugerir que tanto la sociabilidad como la violencia posiblemente se remontan a los primeros ancestros primates de chimpancés y humanos, en especial el *Afropithecus*, que vivió hace 18 millones de años, estableciendo una raíz filogenética de una antigüedad excepcional.³²

Este argumento también plantea problemas. Es muy raro que los chimpancés ejerzan una violencia letal en el mundo natural a pesar de las observaciones recogidas por Goodall y otros. El comportamiento agresivo no parece estar generalizado en la especie, con algunas comunidades más agresivas que otras. El bonobo, de parentesco tan próximo a los humanos como el chimpancé, casi no muestra violencia ni dentro ni entre comunidades, mientras que los machos desempeñan un papel más subordinado a las hembras de lo que es evidente entre los humanos. Aunque la violencia entre los primates puede tener una raíz anti-

gua y común, los humanos de hace unos dos millones de años evolucionaron muy pronto de manera muy diferente de otros primates, sobre todo desarrollaron un cerebro mucho más grande y complejo que permitió la aparición de unas habilidades cognitivas únicas, incluidos el lenguaje, el dominio de tecnologías primitivas y una amplia variedad de culturas.³³ Los primeros prehumanos tenían una capacidad cerebral de unos 400 centímetros cúbicos; los primeros homínidos tenían una capacidad cerebral de unos 600 centímetros cúbicos; el *Homo sapiens* tiene una capacidad cerebral de 1.370 centímetros cúbicos. El córtex cerebral pudo evolucionar para aumentar la capacidad humana de descubrir cómo sobrevivir mediante la selección de usar la «agresión predatoria» contra predadores no humanos o en competición con otros humanos. Los que tenían cerebros más grandes pudieron ser capaces de empujar hacia ambientes marginales a los homínidos menos adaptados, donde sus posibilidades de supervivencia se redujeron en gran medida.³⁴ Hasta qué punto la evolución de estos cambios fisiológicos hizo posible o probable la violencia coalicional está abierto a la especulación, pero no parece probable que la violencia sea una réplica exacta de la violencia entre los chimpancés u otros primates. De hecho, es precisamente lo que diferencia la evolución humana de la de sus parientes primates más cercanos lo que hace que sea difícil sostener la tesis de la continuidad entre el comportamiento chimpancé y el humano (y, por tanto, los patrones de agresividad). A lo largo de millones de años de desarrollo, los chimpancés solo han sido capaces de usar palos y piedras para buscar alimentos o de manera muy ocasional para apalear a un vecino hasta la muerte; a lo largo del mismo periodo de tiempo, los humanos han pasado del uso de palos y piedras a desarrollar la bomba termonuclear.